

La Iglesia Evangélica y la Escuela Pública

Por Angel M. Mergal. S. T. M. - Ph. D.

En la reciente asamblea de la Asociación de Iglesias Evangélicas de Puerto Rico se tomaron, entre otras, las siguientes resoluciones: respaldar a los maestros de Puerto Rico en sus justas reclamaciones; exigir de las autoridades pertinentes igual representación para la Asociación de Iglesias Evangélicas en los actos públicos, como se concede a la Iglesia Católica; solicitar de todas las fuerzas liberales del país acción común en la defensa de la escuela pública. Las tres resoluciones niegan la equivocada interpretación de tan maltratada fórmula: "separación de la iglesia y el estado." Aunque la iglesia es la institución social especializada para el ejercicio de la capacidad religiosa del ser humano, y en este sentido muy bien puede identificarse religión e iglesia, la realidad religiosa es indudablemente mucho más amplia que la institución eclesiástica. Al decir separación de iglesia y estado no se sugiere ni remotamente un gobierno o un estado irreligioso o arreligioso. Tampoco queremos dar a entender, al decir que la religión es una realidad más amplia que la institución eclesiástica, la conveniencia o justificación de los que estiman como superior la actitud de proclamarse religioso sin pertenecer a una iglesia o asociación determinada. Basta el enunciado de estas consideraciones para que el lector menos avisado advierta la complejidad de esta posición que postula la separación de la iglesia y el estado.

La Asociación de Iglesias ha publicado un libro preparado por el mismo que suscribe estas notas, y que lleva por título **Defensa de la Educación Democrática**. La mayor parte de los artículos contenidos en este libro son de índole polémica. Por tanto, no están publicados allí para que se acepten en su totalidad; ni tampoco ¡quiera Dios! para que se rechacen en su totalidad. Allí se dice claramente para qué fueron escritos, según la encomienda que el autor recibiera de la Asociación. En primer lugar, porque en él, como en la publicación anterior, **Enjuiciando el Plan Gallardo**, se recoge este fragmento de nuestra historia para la posteridad; en segundo lugar, y el que es más importante, porque deseamos que esta publicación se haga punto de partida para discusiones por grupos, limitados a 50 ó 60 personas, y organizadas a través de toda la Isla. En este aspecto, la bibliografía que se ofrece al terminar el libro, clasificada en tres grupos: de ciencia, de educación y de religión, es la parte más valiosa de la publicación.

Aunque no describimos, ni podemos ofrecer en este breve artículo, siquiera un ligero esquema de

esta técnica de la discusión por grupos, queremos indicar los pasos indispensables que deben darse numerándolos de la siguiente manera: (1) Celebrar reuniones previas a la discusión con los iniciadores de la misma y un grupo representativo de las personas que tomarán parte en la discusión general. De estas reuniones previas deben surgir los arreglos subsiguientes. (2) Seleccionar el director del grupo que pueda conducir con habilidad e imparcialidad la discusión. (Preferiblemente un superintendente de escuelas, un ayudante o un principal, que son personas acostumbradas a esta clase de labor, siempre que, además de educadores, sean personas religiosas.) (3) Seleccionar el lugar, la hora, las personas y los materiales que van a utilizarse en la preparación de esta discusión. (4) Poner esos materiales en un lugar accesible a todas las personas que han de tomar participación en la discusión. (5) Circular, preferiblemente mimeografiado o impreso, un sílabus de los temas a discutirse, definiendo con toda claridad la cuestión principal y las cuestiones subordinadas, y ofreciendo los títulos de libros y artículos donde pueda encontrarse el material para esclarecer estos asuntos. (6) Resumir por escrito los resultados de la discusión y darlos a la publicidad. (7) Si como resultados de la discusión surgiesen proyectos de carácter práctico, tomar las provisiones pertinentes para instrumentarlas, de manera que las resoluciones no resulten vanas.

El mejor libro que se ha escrito hasta la fecha sobre esta técnica se titula **The Process of Group Thinking**, lo escribió el Profesor Harrison Sacket Elliot, en 1928, y lo publica la Association Press, de New York. También el abate católico, Ernesto Dimnet, en su obra **The Art of Thinking**, ofrece valiosas sugerencias. El mismo Profesor Elliot publicó, en la misma editora, y en 1931, su libro **The Group Discussion And Religious Education**. La misma casa (Association Press) publica el libro de Ewing, R. L., **Methods of Conducting Forums And Discussions**. Con estos libros cualquier líder tendrá suficiente información para saber cómo debe conducir una discusión de esta naturaleza, no como debate para ganar, sino como una actividad educacional para enriquecer la herencia cultural de nuestro país.

El libro de la Asociación, **Defensa de la Educación Democrática**, se puede obtener pidiéndolo al Secretario Ejecutivo de la Asociación, Rdo. Isidro Díaz López, Apt. 2782, San Juan 12, P. R. Se ha publicado este libro con toda la economía posible para poder ofrecerlo al precio más limita-

do, 25 centavos el ejemplar. Si es posible, todas las personas que van a tomar parte en la discusión deben tener un ejemplar del mismo.

El asunto de las religiones, de la Iglesia y la vida pública, así como del carácter religioso y cristiano de nuestra educación y nuestra cultura, es de tan gran importancia, que ningún puertorriqueño que se honre con este título debe desentenderse de ello. Contrario a lo que opinara en la prensa del país Su Ilustrísima Monseñor Davis (opinión que puede leerse como apéndice a nuestra obra), creemos que este asunto no ha sido suficientemente discutido por quien debe discutirlo, por el país. Ni suficiente ni adecuadamente discutido. Quienes deben dirigir estas discusiones son, naturalmente, los líderes religiosos y los líderes pedagógicos. Pero quien debe llevar a cabo la discusión y darse cuenta de todas las implicaciones de la misma es el pueblo, todo el pueblo. Por esto suplicamos a todos los que lean estas notas, tanto católicos como protestantes, como de cualquiera otra índole religiosa, que no las echen en saco roto y que entrevistándose con sus líderes, ya de la iglesia, ya de la escuela pública, gestionen la organización de grupos de discusión, a ver si se puede poner en claro lo que todavía está muy turbio, y a ver lo que puede hacerse, de manera que no salga ganancioso una persona o un grupo, sino a la manera democrática, que gane quien debe ganar: todo el país y su cultura.



MIS EXPERIENCIAS COMO MINISTRO EN EL EJERCITO

Por el Rdo. Oscar Rodríguez

XII

Con el cese de hostilidades comenzó otro capítulo en nuestras experiencias. La derrota de Hitler y su poderío militar era ya una realidad, por lo que todos sentíamos la natural alegría. Nos dábamos cuenta de que nuestra causa había triunfado, que el cañón y la metralla habían enmudecido y la destrucción de vida y hacienda en grande escala había cesado. El aparente estado psicológico del pueblo alemán era tal, que en ningún momento mostró regocijo porque la guerra había tocado a su fin. La actitud general parecía indicar que el pueblo sólo se resignaba a aceptar su suerte, mientras se señalaba responsabilidad por la misma a quienes fueron culpables entre el mismo liderato alemán de que Hitler perdiera la guerra. No se admitía culpabilidad. La terquedad determinada de levantarse y hacer prevalecer su ideología de raza superior era evidente en la actitud que exhibía el pueblo.

Aunque las hostilidades habían cesado, quedaba aún mucho trabajo de reconstrucción social y moral que realizar. Puede decirse que la misión de nuestro regimiento terminó con el cese del fuego, pero restaba otra misión igualmente importante que debería ser realizada por las tropas de ocupación que tomarían nuestro lugar. Había que limpiar todo el país de lo que pudiera quedar del Nazismo como organización y filosofía de gobierno. Esta labor está destinada a durar por muchos años, pues no será fácil destruir la doctrina que con tanto entusiasmo fué acogida por la juventud que es hoy la que lógicamente surgirá para asumir el liderato en la nueva Alemania.

Los capellanes confrontamos el más serio período de nuestra misión al anunciarse el fin de la guerra en el teatro europeo. Entonces teníamos la delicada tarea de controlar la conducta de todo nuestro personal que por primera vez sentía que la misión para la cual había abandonado las playas de Puerto Rico había terminado felizmente y por la cual se había sacrificado digna y heroicamente. Comenzaban a sentirse cual civiles en uniformes y ardían en deseos de volver a la patria. Sintiendo más vívida la nostalgia del hogar, suponían que el regreso a Borinquen era cuestión de días. Nuestra oficina era frecuentada día y noche por centenares de hombres en busca de la última noticia con relación a los planes de regreso a nuestra tierra. Muchos fueron los dolores de cabeza que sufrimos al tratar de calmar los ánimos de los más desesperados, muchos de quienes no comprendían la enorme tarea de trasladar millones de soldados a la tierra natal, muchos de los cuales tenían igual o más tiempo de servicio que el 65 de Infantería. Era lógico aguardar el turno que nos correspondía, a la vez que esperar conseguir adecuada transportación para acomodar a todo el personal puertorriqueño que sirvió en Europa. Como es sabido, muchas otras unidades puertorriqueñas se unieron a nuestro Regimiento semanas antes de nuestra partida de Mannheim, último sector donde acampamos en espera del feliz día de nuestro éxodo.

Mientras tanto, era menester mantener a los hombres ocupados a fin de evitar dificultades. La falta de ocupación es causa de muchos males. Esto lo comprobamos durante este desgraciado lapso de tiempo de espera. La mujer alemana y las muchas otras de nacionalidades distintas que se hallaban recogidas en los grandes campamentos en espera de su repatriación, hicieron marcada impresión en muchos de nuestros hombres. Aunque la orden de no fraternizar con los alemanes era específica y rigurosa, no obstante era violada por grandes y chicos a igual. Era, pues, tarea gigantesca tratar de ayudar a nuestros hombres a conservar su dignidad de hombres dis-